

peones blancos se revolcaba sobre ella, presa de una furiosa pataleta. Alicia quedóse a la expectativa, aguardando los acontecimientos.

—¡Oh, es la voz de mi niña!— exclamó la reina blanca. Y al ir en su auxilio, atropelló al rey y lo hizo caer de bruces sobre los rescoldos apagados—. ¡Mi Lili preciosa! ¡Mi gatita imperial!— prosiguió yendo y viniendo desatinada por entre el guardafuego.

—¡Qué imperial ni qué cuernos!— vociferó el rey, que se frotaba las narices estropeadas con el revolcón.

Casi tenía algún motivo para sentirse ofendido e indignado con la reina. El pobre estaba hecho una lástima y daba pena verlo, cubierto de cenizas desde los pies hasta la cabeza.

Alicia, impaciente por ser útil, pues la pobre Lili hallábase próxima a sufrir un ataque apoplético, levantó a la reina rápidamente y la puso al lado de su escandalosa hijita. La reina, jadeante, desplomóse sentada. Aquel veloz viaje por el aire habíala dejado sin aliento, y por unos minutos no fué capaz de decir una sola palabra, abrazada silenciosa a su Lili. Cuando le hubo vuelto un poquito el resuello empezó a llamar al rey que continuaba sentado sobre las cenizas, con una cara de tres palmos de larga.

—¡Cuidado con el volcán!— gritóle la reina desde arriba de la mesita.

—¿Qué volcán?— preguntó el rey, con los ojos fijos en el fuego, como si aquel lugar fuese el más a propósito para encontrar uno.

—¡Sube aquí... conmigo!— prosiguió la reina, aun algo sobresaltada por el viajecito—. ¡Pero sube bien; no como un globo!

Alicia observaba al rey blanco, que con mucha lentitud esforzabase, barra tras barra, en ir ascendiendo.

—De este modo— le dijo Alicia—, estarás horas y horas antes de que consiga alcanzar la mesa. Es mejor que te ayude, ¿no te parece?

Pero el rey no pareció enterarse de la proposición. Era evidente que no la oía ni la veía. Entonces Alicia lo agarró con mucha delicadeza por el pescuezo, levantándolo con menos velocidad de la que empleara con la reina. Mientras lo trasladaba, ocurriósele que, antes de reunirlo con su real familia, debía limpiarlo un poquitín.

Cuando después Alicia refería este acontecimiento, aseguraba que en su vida vió una cara tan compungida como la que puso el rey al verse suspendido en el aire, y sentir que alguien le limpiaba el polvo. Hallábase tan perplejo, tan desconcertado, que ni siquiera se le ocurrió gritar. Pero sus ojos y su boca se agrandaron y se redondearon de tal manera que Alicia casi lo deja caer de lo que le temblaba la mano, por la risa que su cara le produjo.

—¡Por favor, querido, no me hagas esas muecas!— exclamó, olvidándose en absoluto de que no la oía—. ¡Me hiciste reír tanto que casi te suelto! ¡Y no abras tanto la boca! ¡Vas a pescar

